

Émile Zola

Literatura y dinero

PRÓLOGO DE
Constantino Bértolo

TRADUCCIÓN DE
Gabriela Torregrosa

t
trama
EDITORIALES

A menudo escucho estas quejas a mi alrededor: «El espíritu literario agoniza», «La literatura está desbordada por el mercantilismo», «El dinero acaba con el talento». Y otras tantas acusaciones desconsoladas en contra de esta democracia nuestra que invade salones y academias, arruina la lengua culta y hace del escritor un comerciante como cualquier otro, colocando o no mercancías, según la marca de fábrica; amasando una fortuna o muriendo en la indigencia.

Pues a mí todas esas quejas y acusaciones me crisan. Es cierto, para empezar, que la vida literaria tal y como la conocíamos en los siglos xvii y xviii no tiene nada que ver con el espíritu literario de nuestro siglo xix. Un movimiento intelectual y social ha llevado a una transformación paulatina, hoy día total. Veamos primero en qué consiste esta transformación, y a continuación será más fácil determinar qué papel desempeña el dinero en nuestra literatura moderna.

I

He estado relejendo últimamente los estudios críticos de Sainte-Beuve, una serie interminable de volúmenes que hacen las veces de confesiones. En el curso de esta lectura, me he quedado sorprendido por los profundos cambios que se han producido en nuestro espíritu literario. Sainte-Beuve, hombre de una inteligencia tan fértil y dúctil, tan capaz de valorar las obras de su tiempo, no dejaba de reconocer cierta debilidad por las obras del pasado; sentía auténtica devoción por los antiguos y los clásicos. En una página, en una frase, a propósito de cualquier cosa, dejaba escapar su lamento, una nostalgia de los tiempos pasados, del siglo XVII sobre todo. Reconocía el valor de la época actual, presumía de conocer y de comprender todas sus producciones, pero se dejaba llevar por su temperamento, se volvía hacia el pasado, que era donde más cómodo se sentía, con sus recuerdos de erudito letraherido y su nostalgia autocomplaciente. Había nacido doscientos años demasiado tarde. Nunca he entendido mejor los encantos del alma literaria que cultivaba la vieja Francia. Sainte-Beuve ha sido, sin duda, uno de los últimos en lamentar y llorar este viejo mundo ya decadente; y la nota es

tanto más vibrante en su caso cuanto que tiene un pie puesto en cada época, el pasado y el presente, y es, por tanto, más parte que juez en ella. Las auténticas confesiones se hacen en épocas turbias, con un grito personal de dolor.

Veamos pues la idea que Sainte-Beuve se hace del escritor cuando remite a ese pasado soñado. El escritor es un erudito, un ilustrado que precisa, por encima de todo, de ociosidad. Vive encerrado en una biblioteca, lejos del mundanal ruido, en dulce trato con las Musas. Es una voluptuosidad permanente, una delicadeza del alma, un cosquilleo del espíritu, un mecerse el alma entera. La literatura es aquí el pasatiempo exquisito de una sociedad distinguida, que encanta al poeta y procura la felicidad de un pequeño círculo. Nada que ver con las obligaciones, las noches en blanco o el trabajo ansiado y chapucero; todo lo contrario: una cortesía risueña para con la inspiración, obras escritas en el momento oportuno, con el alma y el corazón satisfechos. Solo la gente honrada es capaz de crear en semejantes condiciones; entiéndase, la gente rica o con alguna pensión, aquellos a quienes un dios ha proporcionado la ociosidad necesaria. Y ni se les pasa por la cabeza la idea de obtener una ganancia a cambio una vez el trabajo terminado. El escritor construye frases como el pájaro trina, para su propio disfrute y el de los demás. Si no se le paga al ruseñor, ¿por qué habría de pagársele a él? Con darle de comer es bastante. Todo el mundo parece de acuerdo en que el dinero es una cosa vulgar que resta dignidad al hecho literario; al menos, no se

sabe de nadie que se haya hecho rico escribiendo, algo poco sorprendente, y los propios escritores hacen gala de su pobreza aceptando vivir de una limosna principesca. Ellos son el ornamento, el artículo de lujo, algo que sale de la vida ordinaria, que no tiene que ver con un negocio, una fantasía que solo los grandes pueden permitirse, lo mismo que se paga a bufones y a saltimbanquis.

Insisto en los tipos particulares del espíritu literario. El escritor no tiene nada que ver con el sabio apasionado por la verdad, satisfecho con sus logros. Es ante todo un virtuoso que toca una melodía acorde con la retórica de su tiempo; los más normales se contentan con disertar sobre el hombre, un hombre abstracto, puramente metafísico. Y uno de sus mayores placeres consiste en glosar la Antigüedad, vivir en comunión más o menos estrecha con los griegos y los latinos. Vemos entonces al escritor en su estudio, rodeado de libros, respetuoso de la tradición, apoyándose siempre en los textos y sin más aspiración que escribir variaciones a partir de temas ya conocidos por lo general, tratando la literatura como a una dama de alta cuna que requiere de todo tipo de formalidades: y la gracia del oficio consistiría precisamente en perfeccionar estas formalidades hasta el infinito. En una palabra, el escritor se queda en las letras puras, los jueguecitos retóricos, los debates lingüísticos, la pintura literaria de los caracteres, de los sentimientos y de las pasiones, no ya buscados en su verdad fisiológica, sino hábilmente colocados en monólogos trágicos o pasajes llenos de elo-

cuencia. La distancia que separa al erudito que investiga del escritor que describe sigue siendo infranqueable. Este último no se aparta del dogma filosófico y religioso, se halla encerrado en la esfera del espíritu, aun cuando posea un temperamento revolucionario. En verdad la literatura es un mundo aparte, el mundo literario tiene un sentido claro, se cultiva un jardín en el que cada género tiene su arriate, los tulipanes por un lado y las rosas por el otro. Un trabajo marcado que tiene su encanto a pesar de todo, lleno de recetas y fórmulas, pero rebosante de ese goce apacible de ver brotar las esperadas flores a su debido tiempo.

En aquella época son los salones los que moldean el espíritu literario y lo determinan. El libro es caro y tiene poca difusión; el pueblo no lee en absoluto, la burguesía tampoco. Todavía estamos lejos de la gran corriente lectora que se ha apoderado hoy de la sociedad entera. El lector apasionado que devora todo lo que ve en los escaparates de los editores sigue siendo excepción. Tampoco existe en materia literaria el público en general, lo que se llama la opinión, el sufragio universal, por así decirlo; y los salones, unos cuantos grupos de elegidos, son los únicos que dictan veredictos definitivos. Estos salones han reinado realmente en el mundo literario. Ellos decidían el lenguaje, los temas y la manera de tratarlos. Espulgaban las palabras, adoptando unas, rechazando las otras; sentaban las normas, lanzaban modas, hacían a los grandes hombres. De ahí el carácter literario al que me refería más arriba, una flor del espíritu, un pasatiempo amable, una distrac-

ción superior ofrecida a las gentes de bien. Imagínense uno de aquellos salones que dictaban la ley en materia literaria. Una mujer reunía a su alrededor a escritores cuya única preocupación era complacerla; se leían obras en *petit comité*, se conversaba largo y tendido, con todo el decoro y toda la delicadeza del mundo. El genio desbocado tal y como lo entendemos hoy día se hubiera sentido allí bastante fuera de lugar; en cambio, el talento simple se encontraba allí muy a gusto, reconfortado. Incluso en los primeros tiempos de la cortesía francesa, cuando los salones apenas nacían y los grandes señores se contentaban con tener a sueldo a un poeta lo mismo que tenían a un cocinero, las letras se encontraban en un estado de domesticidad que las ponía en manos de una casta privilegiada, a la que adulaban y cuyo criterio debían aceptar. Esto les daba todo tipo de amables cualidades: el tacto, el comedimiento, una mesura pomposa, una construcción y una lengua decorativas; y aun todos los deleites que podemos encontrar en una sociedad de mujeres distinguidas, las sutilidades y los refinamientos de la cabeza y del corazón, las conversaciones exquisitas sobre temas delicados, tocándolo todo sin meterse en nada, esas conversaciones junto al fuego que son como melodías tristes o alegres de la criatura humana. Así era el espíritu literario de los siglos pasados.

Naturalmente, los salones conducían a las academias. Allí, el espíritu literario florecía en su plenitud retórica. Liberado del componente mundano, no teniendo que habérselas ya con las mujeres, el escritor

acababa convertido en gramático o retórico, ocupadísimo en las cuestiones de la tradición, la normativa y los ingresos. Tendrían que haber oído a Sainte-Beuve, espíritu libre donde los haya, cuando aún hablaba de la Academia con la seriedad y la indignación del buen empleado que acude a su despacho y queda descontento por la conducta y el modo de hacer de sus colegas. Muchos escritores disfrutaban con estas sesiones ocupadas en discutir sobre las palabras, a la greña en nombre de los oráculos de la Antigüedad. Entonces se tiraban a la cabeza su latín y su griego, se deleitaban con una pedantería compartida, en medio de una complicación extraordinaria de odios, envidias, batallitas y pequeños triunfos. No hay comunidad de vecinos donde se hayan intercambiado más sopapos que en la Academia. Durante dos siglos, hombres de Estado venidos a menos, poetas biliosos, vanidosos empedernidos, ratas de biblioteca con la cabeza repleta de libros han acudido allí para consolarse y autoconvencerse de su propia celebridad, en medio de amargas discusiones sobre sus méritos, y el público siempre en su contra.

Si se escribiese una historia íntima de la Academia con las cartas personales donde los académicos confiesan la verdad verdadera, estaríamos ante la epopeya cómica más extraordinaria jamás escrita por una comunidad de hombres llevados por un orgullo infantil y preocupaciones de una increíble futilidad. El mundo de las letras permanecía a salvo en esta Arca Santa gracias a un despliegue de cotilleos que hoy día nos haría sonreír. De ahí el interés de leer a Sainte-Beuve, que

nos proporciona unos apuntes excelentes sobre la actitud del escritor en los últimos salones de principios de siglo. A él se le ve muy honrado por ser recibido en casa de los grandes. Se quita el sombrero ante ellos como muestra de respeto; se pone a su nivel y al mismo tiempo los reconoce superiores. Se trata de una aceptación de la jerarquía social que le divierte y sobre la que polemiza como filósofo en cuanto pone un pie en la calle; pero allí, entre damas, junto al ministro de turno, cree su deber inclinarse, como si todavía necesitase este tipo de protección, como si únicamente escribiera para ellos, halagado por su amabilidad, poseído del poder seductor de un ambiente aristocrático que ennoblece a sus ojos la literatura. Esto no es más que un resto de servilismo, una inclinación por la gracia y el feliz equilibrio de la alta sociedad. Sainte-Beuve había dejado de sentir el respaldo de la nación entera, a la que debía su talento y su auténtica celebridad.

En resumen, el mundo literario de los últimos siglos se basa en una concepción de la literatura desligada de cualquier idea de investigación científica. Son letras puras que toman por base filosófica la idea primera de un alma claramente distinta del cuerpo y superior a él, y que, partiendo de ese dogma indiscutible, tratan en sus obras únicamente sobre cuestiones de gramática y de retórica. En salones y academias, desde entonces, el espíritu literario trabaja en la formación de la lengua, la creación de una literatura pacata que se expresa mediante frases de buen gusto sobre los caracteres y los sentimientos tal como los concibe la metafísica de la

época. El ser humano y la naturaleza son pura abstracción, y los escritores no se imponen como tarea establecer la verdad sobre los seres y las cosas, sino pintarlos según el mecanismo convenido, recurriendo a los mismos tópicos para lograr un máximo de grandeza. En ningún momento se rebajan hasta el individuo, ni siquiera en el caso de los poetas cómicos, que han escrito obras maestras de observación general. Todavía quedan lejos el estudio de los casos aparte, la disección de los casos especiales, la conservación, la clasificación y el etiquetado de los documentos. Se trata simplemente de recrear una sociedad elegante que escribe para sí misma obras en las que reconoce su lengua, sus modales, su arte para expresar los matices, sus finas reservas, una vida entera de verdades a medias y convencionalismos.

Es cierto que este espíritu literario ha producido obras de enorme belleza. Y me limito aquí a hacer una constatación, no a emitir un juicio. Nuestra gran literatura nacional, en el siglo XVIII y, sobre todo, en el XVII, es el resultado de este pacto entre los escritores y el grupo selecto para el que escribían. Los salones y las academias eran el terreno de cultivo en el que debían florecer inevitablemente nuestros grandes clásicos. A ellos les debemos la perfecta estructura y la grandeza solemne de las tragedias de Racine, los magníficos períodos de la frase de Bossuet, la lógica y la sensatez genial de Boileau. De ahí proviene aún nuestro esplendor, pues los siglos venideros apenas están comenzando y hay que dar tiempo al espíritu que sopla desde la insurrección romántica para coger fuerza y amplitud.

Nada más lejos de mi intención que negar el pasado; al contrario, pretendo definirlo para demostrar que es eso, pasado, y que las letras francesas han entrado en un período completamente nuevo que hay que distinguir claramente si se quieren evitar las lamentaciones inútiles y caminar hacia el futuro con paso resuelto.

Esta es, pues, la definición del viejo espíritu literario. Veamos ahora los documentos históricos.